

Brevet 200 km Algete organizada por GDC Pueblo Nuevo el 4 de marzo de 2017

Algete (C1) - Alalpardo - Valdeolmos - El Casar de Talamanca - Viñuelas - Villaseca de Uceda - Puebla de Beleña- Fuencemillán- Jadraque(C2)- La Toba- Arbancón - Tamajón (C3) - Puebla de Beleña - Villaseca de Uceda - Viñuelas - El Casar de Talamanca- Alalpardo- Fuente el Saz- Algete (C4).

(mapa del recorrido: <https://es.wikiloc.com/wikiloc/view.do?id=15845071>)

Creo que es importante empezar esta crónica de mi primera brevet no hablando directamente del día en concreto, sino yéndonos un poco más atrás, es decir, remontándonos hasta el lunes 27 de febrero. Y por qué, pues sencillamente porque el tiempo que daban para el día de la prueba era espantoso: lluvia, temperaturas alrededor de los 0 grados, y vientos con rachas de más de 50 km/h.

Escribí al organizador para preguntarle si la prueba se suspendería en caso de que el sábado se cumplieran esas condiciones meteorológicas y su respuesta fue: «por supuesto que no. Las brevets nunca se suspenden haga el tiempo que haga. Esto es lo que nos hace algo especiales a los “randonneurs”».

Para mí esa brevet de 200 km iba a ser una «prueba de fuego» en varios sentidos. Sería por supuesto mi primera brevet, sería la primera vez que haría 200 km, sería la primera vez que pasaría más de 6 horas sobre la bicicleta y también, de cumplirse la predicción del tiempo, sería la primera vez que cogía la bici bajo esas condiciones infernales. Decidí entonces esperar y seguir consultando las páginas web de predicción del tiempo para ver la evolución, porque muchas veces las predicciones fallan mucho y cinco días eran muchos y podía pasar de todo. Pero los días fueron pasando y el tiempo que daban para Algete, lugar de la salida, y sobre todo para Tamajón, el lugar más al norte y alejado del recorrido, eran iguales o peores que las que daban el lunes. Amenaza de nieve y hielo, viento, mucho viento y lluvia en casi todo el recorrido.

Una de las cosas que más me preocupaba, además del clima, eran los dolores posturales, sobre todo el dolor de culo. Yo nunca había pasado tanto tiempo sobre el sillín, y el que tengo es el que venía de serie con mi bici, una Cube Attain Race CGT montada en Ultegra con la que estoy muy, muy contento. Desde que la compré nunca sentí cómodo el sillín, pero ya se sabe que después de comprar una bici de esas características la economía se resiente un poco y no pude adquirir un sillín nuevo. Así que, como solución pasajera y con el fin de minimizar los posibles estragos en la zona íntima decidí bajar un poco más la punta del sillín. Salí a hacer un entrenamiento corto para probar la nueva postura y el resultado fue bastante positivo. Noté una reducción considerable de las presiones y las tensiones que venía sintiendo sobre los isquiones, así como un alivio general de las fricciones en la zona más oculta de las ingles.

El día antes de la brevet sentía los nervios propios de un examen importante, una sensación que creía olvidada por completo. Una emoción como la que se siente antes de comenzar algo grande.

Todo parecía estar a punto: la bici, el equipo, la comida, la documentación, el recorrido cargado en el Garmin 810, la luz trasera Bontrager cargada a tope, la ropa de cambio para que

cuando acabara pudiera ponerme algo limpio antes de irme a casa. Todo a punto menos la predicción del tiempo. La página de AEMET (del Ministerio de Agricultura) volvía a insistir en frío de 0 grados, lluvia en gran parte del recorrido (no en todo, lo cual era ya una mejora), nada de nieve (mejora definitiva), pero sí unas rachas de viento brutales. Bueno, pensé, voy a Algete de todas formas y allí decido si participo o no. Ya estaba todo preparado y todos mentalizados (la familia y yo) de que el sábado había que acabar la brevet antes de 13,30 h como estipula el reglamento.

El despertador sonó a las 5.15 h de la mañana. Quería ir sin prisas, controlando en todo momento que no me dejara nada importante olvidado y con la intención de llegar con tiempo a Algete para valorar la situación y poder poner la bici a punto sin agobios. Llegué a Algete a las siete de la mañana. Ya había varios coches y furgonetas aparcados, pero nadie fuera de estos porque el frío era muy intenso. El termómetro del coche marcaba 0 grados y una brisa ligera pero persistente cortaba todo lo que se le ponía por delante. Vi el coche de GDC Pueblo Nuevo, el club organizador, y me acerqué a él para preguntar a un hombre que ajustaba la rueda de su bici que dónde había que recoger el carné de ruta. Enseguida se me acercó otro ciclista, David, alto y delgado, vestido de gris y negro y con quien compartiría bastantes kilómetros en la brevet. Me dio un folleto de su página web www.iamrandonneur.com que yo ya había visitado días atrás para recopilar información sobre las brevets y tras un rato de charla tuve una bonita sensación de buen rollo. Había que entrar en el polideportivo, que aún estaba cerrado, y hacer el papeleo pertinente de la salida: recogida del carné de ruta para sellar en los controles y recibir el primer sello porque la salida estaba considerada el primer control. Hecho el papeleo y sorteando a la afluencia cada vez mayor de ciclistas que iban llegando en un goteo constante, me fui al coche a quitarme la ropa de calle y poner a punto la bici. Para entonces ya había amanecido y el parking estaba llenándose de coches y de ciclistas. Entonces ocurrió algo inesperado: de entre las nubes empezó a salir el sol de la mañana. A fin de cuentas, pensé, parecía que al menos la salida se haría en seco. Eso sí, la brisa helada seguía soplando y el cuerpo casi pedía a gritos empezar a pedalear para entrar en calor lo antes posible. Decidí acertadamente llevar tres capas superiores: camiseta térmica de manga larga, mallot de invierno y chaqueta fina cortavientos. La chaqueta fue todo un acierto porque en las bajadas y zonas de sombra me salvó de quedarme como un muñeco de nieve.

Con la bici lista y aún decidiendo si añadir una cuarta capa más (la del chaleco) miré el reloj y vi que ya eran las 8 en punto. En ese momento un grupo grande de ciclistas comenzaba la andadura de la brevet. Confieso que me puse nervioso, metí rápidamente algunas cosas en el coche, cerré las puertas, me aseguré de que llevaba dinero, comida, el carné de ruta y que la bici tenía encendido el Garmin preparado para iniciar el trayecto y sin pensarlo mucho más me lancé detrás de ese grupo de unos treinta ciclistas. Mi primera brevet acababa de empezar y enseguida noté las pulsaciones por las nubes no sé si por querer alcanzar al grupo delantero que ya me sacaba como unos 200 o 300 metros o por la emoción de empezar una experiencia que llevaba varios meses preparando en las piernas y en la cabeza.

El ritmo de los primeros 20-30 kilómetros fue, para mí, intenso, aunque contenido. A aproximadamente 25-27 km/h. Pero hay que tener en cuenta que los primeros 50 km de la ruta eran ascendentes. Cuando me percaté de que las pulsaciones no bajaban decidí dejarlos marchar y establecer una velocidad de 23 km/h para asegurarme de que aun haciendo

paradas, podría terminar la brevet dentro del tiempo establecido de 13.30 h. En todo momento me decía a mí mismo que debía guardar fuerzas, que debía acabar los repechos con las piernas enteras, que quedaba mucho por delante y que yo, sobre todo, nunca había hecho antes 200 km con 2000 m de desnivel positivos, por lo que debía extremar la precaución, no dejarme llevar por la adrenalina y el júbilo inicial y controlar muy mucho el esfuerzo. El sol se impuso en el cielo prácticamente desde la salida, aunque el viento era bastante frío y los primeros kilómetros se me congelaron los dedos de las manos (sobre todo de la izquierda) y enseguida empezaron a dolerme. Tuve que subirme la braga hasta las orejas porque al final el frío en la cara llegó a hacerse casi insoportable.

Al poco de perder contacto con el grupo delantero me empezaron a adelantar algunos pocos ciclistas a los que no hice el menor intento de seguir. Hubo uno de ellos, un hombre veterano y con barba al que cogía y luego dejaba para que luego él me volviera a coger unos pocos kilómetros más adelante. Debía coger mi ritmo, entrar en calor, bajar pulsaciones y disfrutar del paisaje acogedor de los pueblos de Alalpardo, Valdeolmos El Casar, Viñuelas... Una vez cogido el ritmo de crucero y con las manos calentándose poco a poco gracias al sol cada vez más intenso llegué a una zona de llano por Villaseca de Uceda y me pegué a un grupo de cinco «masters» que me llevaron unos diez kilómetros a 30-35 km/h. Creo que fue un acierto porque aunque el ritmo era bastante fuerte, el viento pegaba de culo y a rueda se iba prácticamente sin esfuerzo. Pero poco después llegamos a Viñuelas con uno de los primeros repechos y por supuesto, ni siquiera hice el intento de seguirlos. Mientras terminaba de subir la cuesta a Viñuelas me alcanzó otro grupo que parecía ir más lento, casi a mi ritmo y les pregunté inmediatamente si podía ir con ellos. No quería ir solo. La respuesta fue afirmativa, pero aquí cometí el siguiente error del día. Resulta que iban así de despacio porque estaban esperando a un compañero que había pinchado. En Viñuelas se pararon a esperarlo y yo me paré también por solidaridad. Me daba bastante apuro continuar cuando hacía pocos minutos les había pedido ir con ellos. El cielo se cubrió de nubes bastante bajas, pesadas y oscuras, y el viento aumentó. Empecé a enfriarme. Y empezaron a adelantarnos muchos ciclistas. Ahí me di cuenta de que me había equivocado, de que me estaba enfriando y estaba dejando ir a grupos a los que más adelante podría haberme enganchado, pero no había nada que hacer. Un absurdo sentido del compromiso me obligaba a quedarme con ellos.

Mi angustia aumentó cuando vi el coche de control del club GDC Pueblo Nuevo, que al pasar a nuestra altura nos preguntó si necesitábamos algo. Dijeron que no y el coche siguió. Pensé que nos habíamos quedado los últimos y me entró cierta angustia porque mi estrategia era ir enganchándome a los grupos que venían detrás de mí y ahora parecía que ya no habría ninguno al que ponerse a rueda. La angustia fue doble porque no sabía si la autonomía de mi Garmin 810 llegaría para las 8-10 horas en las que preveía terminar la brevet y al no conocer el recorrido sería muy fácil perderme. Es verdad que llevaba una hoja de ruta, pero por algún motivo estaba convencido de que no evitaría que me pudiera perder.

Al final llegó el ciclista que había pinchado y el grupo, unos 12, se puso a llanear a unos 30-37 km/h con viento del Este y en algún tramo, con viento fuerte frontal. De los doce componentes, unos cinco pasaban a hacer relevos y en varias ocasiones estuvo el grupo a punto de romperse. Yo podía seguir el ritmo sin dar relevos, pero era ese ritmo que tus piernas te dicen que como no lo reduces en unos pocos kilómetros podría pagarlo muy caro. No

obstante seguí con ellos hasta el primer alto del día, a la altura de Torrebeleña. Comenzó la subida con porcentajes entre el 6 y el 8 % que luego al final aflojaban a 5-6 %. Enseguida me entró la cordura y los dejé marchar para poner mi velocidad de crucero. Efectivamente, ahora estaba pagando el esfuerzo del llano y mi ritmo en la subida era más que penoso. En ese momento yo desconocía que solo había hecho 55 km porque, como he dicho, evitaba en todo momento mirar en el Garmin los kilómetros recorridos. Aún faltaban algo menos de 150 km para acabar y de haber sabido este «pequeño detalle» me habría derrumbado. La subida se me hizo muy dura por mi falta de forma, por desconocer su distancia y por la angustia de pensar que ya me había quedado el último de todos. Pero no había otra alternativa que seguir, encontrar un ritmo adecuado que permitiera disiparse al ácido láctico de los muslos y los gemelos y que el pedaleo fluyera. Finalmente logré coronar con las pulsaciones por las nubes y con cierto sabor de sudor en la boca. Me dije que era un buen momento para comer algo, pero al final opté por beber varios sorbos de Acuario. Mal síntoma: notaba la boca del estómago algo cerrada. No tenía ni idea de lo que tenía por delante. Desconocía los km que llevaba y me negaba en rotundo a consultar el cuentakilómetros porque intuía en el fondo que no había recorrido muchos y el confirmarlo sería como una bofetada en la cara. También me resistía a mirar la hora porque con unos pocos y simples cálculos podría intuir con cierta precisión la distancia realizada. Así que no me quedaba más remedio que seguir adelante.

Intenté recuperar fuerzas en los cortos tramos de los toboganes de Fuencemillán. La carretera serpenteante y con cambios de rasantes constantes me impedía ver mucho más allá tanto delante como detrás de mí y comprobar si tenía a ciclistas cerca. Lo poco que podía apreciar era la carretera completamente vacía de coches. Y el viento pegando de frente, lo que no ayudó mucho a recuperar la moral. Fue entonces cuando empecé a ver los carteles que anunciaban la proximidad de Jadraque, el segundo punto de control de la ruta. Tenía que llegar allí antes de las 13.30 h así que me armé de valor y, no sin antes percatarme de la posición del sol, todavía sin llegar a su cénit, miré la hora: las 11.12 h. Por fin una buena noticia. Por lo menos no llegaría tarde al control. Era obvio que no iba tan mal de tiempo, pero ese detalle, que suponía que llevaba una media por encima de los 23 km/h como me había establecido, significaba también que podía haber ido demasiado rápido durante esos primeros kilómetros.

Tras una pequeña bajada y una curva algo cerrada a la derecha apareció un repecho de 1-1,5 km que con el viento en contra hizo trizas la poca moral que había conseguido amasar desde que vi pocos kilómetros atrás los primeros letreros de Jadraque. Las piernas parecían dos bloques de hormigón y no había ningún ritmo al que fueran bien. Solo quedaba la opción desesperada de subir piñones, agachar la cerviz contra el viento y apretar los dientes. Por difícil que pueda parecer se me cruzó en la cabeza el pensamiento de por qué no me podía pasar algo bueno después de todo, como entrar repentinamente en un terreno más benévolo, que el viento dejara de soplar o cambiara de rumbo, que Jadraque estuviera nada más coronar ese maldito repecho que me estaba consumiendo las piernas. Y entonces cuando llegué arriba vi a un par de kilómetros más allá algo que tímidamente me quiso parecer a dos o tres ciclistas en el arcén, parados. Puede que no sean ciclistas, pensé inmediatamente, desconfiando, puede ser el típico espejismo de carretera: un hombre en la lejanía resulta ser un tronco de árbol muerto cortado e inclinado cerca del arcén. Pero no, a medida que me acercaba a esas figuras estaba más claro que se trataban de no tres sino cuatro ciclistas en la cuneta, uno

arreglando un pinchazo. Cuando llegué a su altura comprobé que uno de ellos era el hombre de barba que había adelantado tantas veces al principio de la ruta. Recuerdo que me preguntó «qué tal» y que yo le contesté «ahí voy, buscando mi ritmo, buscando el momento Zen» que me permitiera quemar kilómetros sin enterarme. A lo que él respondió que al Zen ya lo había visto pasar hacía un buen rato y que iba más adelante. Nos reímos. Me relajé. Pregunté si necesitaban algo. No necesitaban nada. Se arregló el pinchazo y continuamos hacia Jadraque. En total éramos cinco: el veterano, que se llamaba Paco, David, el mismo chico que en la salida me dio el folleto de su página web www.iamrandonneur.com y Berri y Sonia, un joven matrimonio, ambos del club Pueblo Nuevo.

Con mis nuevos compañeros llegué a Jadraque (km 83), entramos en el Restaurante Castillo de Jadraque y sellamos el carné, aparte de comer un pincho de tortilla y de aliviar la vejiga. Creo que enseguida hicimos buenas migas porque en cuanto les dije que era novato en estas lides de las brevets y que tenía mil dudas sobre este mundillo ninguno tuvo problemas en ir contestando a mis preguntas, que no fueron pocas.

Nos pusimos en marcha, no sin antes advertirme de que la carretera de La Toba era bastante mala, llena de parches y baches, y para más inri en un continuo subibaja que la hacía aún más dura. Esto parece la París-Rubaix, dije de broma por la manera en que me vibraba toda la bicicleta. Fueron 13 km bastante pesados en los que David desapareció por delante para no volverlo a ver hasta muchos tiempo después. Paco y Berri se distanciaban de mí y Sonia en los repechos, pero enseguida volvíamos a conectar. Charlábamos a ratos, bajando los repechos y cuando las pulsaciones lo permitían. Sonia me contó que su primera brevet fue de 300 km, el año pasado, que lo pasó mal al final, pero que la satisfacción fue enorme. Berri y Paco me confirmaban que la gran afluencia a las brevets de 200 km en los últimos años habían contaminado el espíritu de la prueba porque muchos ciclistas venían a entrenarse y a acabar el primero, como si de una carrera se tratase. Y las brevets no eran eso, son pruebas de fondo combinadas con la exigencia propia de la autosuficiencia, es decir, eventos de larga distancia sin ningún tipo de apoyo externo que hay que terminar en unos tiempos muy generosos a una media de 15,5 km/h. Berri me dijo que los randonneurs de verdad son los que participan en las brevets de 400, 600 y 1000 km, que ahí es cuando te das cuenta de lo que es una prueba de gran fondo de verdad.

Por fin llegamos a la Toba y la carretera de cabras se convirtió en un firme liso, excelente para rodar. Paco me advirtió de que el regreso a Algete siempre era con viento de cara, así que me esperaba lo peor cuando giramos a la izquierda para tomar rumbo Oeste. Efectivamente el viento empezó a pegar de frente mientras bordeábamos el Embalse de Alcorlo, incrustado en un terreno de barrancos y colinas en un paisaje lunar, prácticamente sin árboles y con una flora del mismo color gris que la tierra y la roca. Allí nos volvimos a encontrar con David, que iba acompañado por un ciclista de unos sesenta años que era inspector de Hacienda.

Nada más dejar atrás el embalse, Paco me dijo que me pusiera a rueda, que no diera relevos. No me sentía bien. En cuanto llegábamos a un repecho, por pequeño que fuera, mi intención era inmediatamente buscar un ritmo cómodo y ese ritmo era mucho más lento que el de mis compañeros. Pero ellos me esperaban siempre después de coronar. En el cruce de Cogolludo había que girar a la derecha para encarar una de las subidas más duras de toda la ruta. Aunque

la pendiente no era muy pronunciada, si tiraba varios kilómetros seguidos hacia arriba. Mis compañeros me esperaron en la cumbre, aprovechando para comer un poco y yo llegué bastante tocado. No conseguía encontrar un ritmo adecuado, ni siquiera cuando este era bastante lento. El estómago se me había vuelto a cerrar y no conseguía comerme ninguna barrita energética. Pasamos Abarcón y llegamos a Muriel, cuya subida recuerdo como la más difícil de toda la ruta. Lo mismo que en la cuesta anterior, intenté buscar el ritmo, pero fue en vano. La subida a Muriel tenía varias curvas de herradura y pronto dejé de ver a mis compañeros. Agaché la cabeza, pedaleando con los dientes apretados y los ojos cerrados, confiando en que no me saliera de la calzada ni pillara ningún bache. Tamajón estaba a solo un par de kilómetros una vez coronada dicha subida. Miré al cielo, que parecía querer cerrarse en cualquier momento, con nubes grises y pesadas por doquier. Cuando entramos en Tamajón yo empecé a sentir el inicio de los calambres en las piernas, el agarrotamiento y endurecimiento de los músculos propio de un sobreesfuerzo prolongado. Estaba exhausto.

Entramos en el bar y el calor del interior me obligó a quitarme el cortavientos de inmediato si no quería morir agonizando como un oso en una sauna. Pincho de tortilla más un Acuario y una Coca-Cola. Sentía que tenía que reponer electrolitos, sales y también azúcar si quería acabar. Noté cierto agarrotamiento en la espalda y en la parte posterior de los muslos, así que después de sellar y de comer y beber, hice varios estiramientos de espalda y de piernas que creo fueron vitales para poder continuar porque me aligeraron completamente de las tensiones musculares y probablemente me libraron de los temidos calambres. Llevábamos unos 133 km recorridos, el cielo se cerró de golpe una vez más, pero cuando empezamos a pedalear y a entrar en calor, gracias a que la carretera trascurría cobijada entre árboles o atravesando pequeñas colinas formando un repecho tras otro, lográbamos transitar un algo protegidos del viento y su efecto sobre la marcha no era demasiado intenso. Pregunté a Paco cuál era la distancia que nos quedaba para llegar a Algete. Unos 70 km, me respondió. Tranquilo, tú ponte a rueda y no des relevos, insistió. Y le hice caso, lo cual, creo, también me salvó de quemar las últimas reservas que tenía. Sin embargo, a medida que entraba en calor y que la carretera empezaba a tender hacia abajo, empecé a sentir las piernas una solidez que bien podría ser fruto del espejismo de tener la llegada cerca. Sea como fuere, según avanzábamos me iba sintiendo mejor en los repechos (aunque me quedaba en aquellos con más inclinación), las piernas parecían responder mejor al esfuerzo, hasta el punto en que a la altura de Puebla de Beleña, ya con la carretera llana y expuesta totalmente al viento, me percaté que Paco no iba bien. Le dije que se pusiera a mi rueda, pero él prefirió ir a su ritmo, quedándose con el inspector de Hacienda. Espero que no se ofendiera por mi reiterado ofrecimiento de que se pusiera detrás de mí; solo quería ayudarle de igual manera que él me había ayudado a mí durante tantos kilómetros. Seguimos avanzando entonces Berri, Sonia y yo. El viento soplaba de frente, pero yo me lo había imaginado mucho peor, mucho más intenso. Sin embargo, con adoptar una posición algo aerodinámica era suficiente para avanzar a un ritmo de crucero de unos 25 km/h sin demasiado esfuerzo.

Ya íbamos por la parte final del recorrido que coincidía con la ida. Atravesamos Villaseca de Uceda, Viñuelas, Valdenuño Fernández, Valdeolmos y a medida que nos acercábamos a Algete parecía que estuviéramos entrando nuevamente en la civilización después de un tiempo incontable transitando por las carreteras solitarias y parajes olvidados de Guadalajara. Los últimos repechos fueron una tortura, sobre todo para mis posaderas, pues durante los últimos

20 kilómetros llevaba notando rozaduras en las ingles que me estaban empezando a preocupar. El viento soplaba ahora mucho más fuerte, el tráfico a esa hora (las 18.20 h) era muy denso y los coches nos adelantaban muy cerca, pero todo ese sacrificio tuvo la emotiva recompensa de llegar a Algete y congratularnos por el esfuerzo hecho. Personalmente pude agradecer a Berri y a Sonia su compañía y generosidad por haberme cuidado todo el camino que hicimos juntos. Y me habría gustado agradecerle a Paco también personalmente sus amables palabras de tranquilidad cuando me veía pasándolas canutas en algún repecho. Y a David, con quien también tuve el honor de hacer varios kilómetros juntos y de charlar sobre este mundo loco de las brevets que creo que me ha cautivado para siempre. La próxima la tengo en tres días y será la Brevet 200 km Jadraque 2017 organizada también por el GDC Pueblo Nuevo. Allí nos veremos...

Algunas estadísticas:

Tiempo total: 10:15:58 h

Tiempo en movimiento: 8:47:46 h

Velocidad media: 22,6 km/h

Lo que creo que hice bien:

- Intentarlo: creer en un principio que no podría, pero luego confiar en mí y a lo largo del recorrido escuchar al cuerpo para ir adaptando la estrategia a la medida de las circunstancias.
- Pasada la emoción de los primeros 60 km, reservar fuerzas en todo momento, intentando ir a una velocidad menor a la que podrían llevarme las piernas.
- No mirar el cuentakilómetros ni la hora. Fue vital para reducir el factor psicológico y las desmoralizaciones.
- Usar tres capas (camiseta térmica de manga larga, mallot de invierno, chaquetilla cortavientos). La temperatura media de aquel día fue 6-9 °C.
- No mirar el cuentakilómetros para saber lo que faltaba de recorrido. Fui todo el rato con la página de indicaciones de la ruta del GPS del Garmin.
- Comer y beber bien en los controles.
- Los estiramientos de piernas y espalda que hice en Tamajón, que creo que me salvaron la vida en los últimos 70 km.
- La suerte de encontrar al final un grupo que iba a un ritmo algo superior al mío pero que decidió «apadrinarme» y cuidarme esperándome en las subidas.
- El hecho de ir con el primer grupo (que en esencia fue un error) tuvo su parte positiva y fue que era consciente en todo momento que el resto de participantes venían detrás y que podía ir enganchándome a ellos a medida que me iban alcanzando. Esto me permitió recuperar algo de tiempo cuando estuve parado por «solidaridad» junto a aquel grupo con el que no tenía vinculación.

Lo que definitivamente hice mal:

- Salir con el primer grupo e intentar seguirlos durante los primeros 20-30 km.
- No comer durante la marcha (pero los guantes gruesos de invierno hacía que me diera bastante pereza intentarlo, por la incomodidad que suponen para manipular los bolsillos del mallot).
- Quedarme esperando con un grupo que esperaba a un compañero que había pinchado sin yo tener vinculación con dicho grupo. Me quedé helado y luego ellos apretaron y tuve que descolgarme.
- No hacer ni una maldita foto de aquel día.